

Mos 582
1232/1061
c. 1

Santiago, 9 de Diciembre de 1939.

CAPITAL ANDANTE.-

Aunque parezca mentira, Osorno ha sido en estos días capital de la República.

Ahora ya no lo es, y la capital ha vuelto a Santiago; pero esto no quita que Osorno lo fuera.

Dudar de ello, equivaldría nada menos que a poner en duda la palabra de S. E. el señor Aguirre Cerda.

"El Correo" de Valdivia reproduce, en efecto, a ancho de página la contundente declaración del Mandatario:

"En estos momentos la capital de la República es Osorno, porque vuestro Presidente pisa su suelo".

Nos encontramos, pues, en presencia de una nueva teoría presidencial, un poco en pugna en la geografía, pero de positivo beneficio para la descentralización administrativa del país.

No más quejas en contra de la metrópoli absorbente que succiona y acapara en su provecho las actividades de todo el territorio nacional.

La capital es rotativa y ambulante. Ya no es sedentaria, no siente predilección hacia el Mapocho ni se recuesta con pereza colonial en el verde cojín del Santa Lucía, donde la dejara Pedro de Valdivia. Ahora es esencialmente movедiza. Va unida a las suelas del Excmo. señor Aguirre Cerda. Donde éste pisa, ahí está la capital.

Si un día está en Antofagasta, puede estar otro en Rancagua, en Concepción o en Magallanes.

Una mañana la capital de Chile puede ser Pucuro y en la tarde Paredones.

Dentro de la febril actividad del Mandatario todo es probable y nada previsible.

A lo sumo, el boletín metereológico, acostumbrado a seguir la marcha de los ciclones, anunciará tímidamente que la capital "parece desplazarse hacia tal zona".

Donde amanezca la metrópoli, es otro cuento. Todo depende del pisotón presidencial.

Ninguna ciudad, pueblo o villorrio, queda excluido de tal honra.

Sólo cabe a las provincias esperar con paciencia de gallinas el prodigio.

Como los soldados de Napoleón, cada caserío lleva en su mochila su bastón de capital.

Es un gran progreso.

Si el país no marcha, por lo menos puede asegurarse que la capital marcha, y marcha a diario y en todas direcciones.

Unida íntimamente al calzado del Primer Mandatario, su vida es más agitada que la de un agente viajero.

Salvo las escasas horas que Su Excelencia dedica al sueño, horas en que la capital queda debajo de la cama o a la puerta de la alcoba esperando que la lustren, su actividad no reconoce límites.

A veces suspira. A veces hasta llega a murmurar casi con tanta acritud como los diarios izquierdistas:

"-Mi vida es horrible - dice -. Otros Presidentes se preocupaban de hermosearme. Este no me lleva ni en los tacos; mejor dicho, me trata "a la altura del unto". Me trasladan, sin preguntarme mi opinión, como a periodista en tiempo de facultades extraordinarias. No hay paciencia."

Cierto es que la capital, durante el último período ha pa-

sado menos tiempo en Santiago que en el resto del país. La capital ha viajado en tren, en avión, en barco; pero debiera reconocer que, por lo menos, lo ha hecho en buenas condiciones y sin reparar en gastos

Gracias a eso, en cambio, el Presidente puede asegurar que no ha salido de la capital: Donde ponía el pie, ahí estaba ella; "la capital de la República está donde vuestro Presidente pisa su suelo".

No se puede dar un mentís más elocuente a cuantos le critican sus continuos aparentes alejamientos de Santiago.

Los grandes hombres suelen permitirse cosas que no están al alcance de los simples mortales.

Pompeyo hacía brotar las legiones a su paso: El señor Aguirre Cerda hace brotar las capitales.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile